



— R E V I S T A —
**ESTUDIOS SOCIALES
CONTEMPORÁNEOS**

ISSN 2451-5965

Los inmigrantes y la construcción de saberes técnicos. Aportes desde experiencias productivas danesas en Buenos Aires (1844-1920)*

**Immigrants and the construction of technical
knowledge. Contributions from Danish productions in
Buenos Aires (1844-1920)**

Cecilia Mazzaro
Universidad Nacional de La Plata
cmazzaro@perio.unlp.edu.ar

Enviado: 28/05/2017 - Aceptado: 28/07/2017

“Cecilia Mazzaro/‘Los inmigrantes y la construcción de saberes técnicos. Aportes desde experiencias productivas danesas en Buenos Aires (1844-1920)’ en Revista de Estudios Sociales Contemporáneos n° 17, IMESC-IDEHESI/Conicet, Universidad Nacional De Cuyo, 2017, pp. 124-141”

* Los resultados aquí presentados forman parte de una investigación mayor realizada en el marco de una tesis de maestría.

Resumen

Los daneses que llegaron a la Argentina entre los siglos XIX y XX contaban con la base de su particular educación, su know-how y sus modelos para organizarse. Sin embargo, su llegada a nuestro país implicó el encuentro de estos conocimientos con las condiciones locales, para cuya comprensión necesitaron aprender de la práctica, del ensayo y el error y especialmente del vínculo con otras colectividades, con los criollos y con la administración local. El conocimiento así construido es el resultado de las relaciones sociales y del intercambio de capital cultural.

A través de biografías, memorias y entrevistas a los descendientes de la colectividad dano-argentina, se analizan y describen dos situaciones predominantes en estos relatos: la producción de trigo hasta la construcción de molinos de harina, y la producción láctea vinculada a la organización cooperativa.

La selección de los episodios mencionados es relevante porque permite analizar la participación de los primeros daneses en la construcción de saberes con impacto local (en la legislación, en la producción de un mercado determinado), así como demuestran de qué manera el desarrollo de conocimiento específico incidió en las primeras etapas de la integración del inmigrante danés.

Palabras claves: conocimiento, agricultura, industria láctea, colectividad dano-argentina

Abstract

The Danes who arrived in Argentina between the 19th and 20th centuries brought with them their particular education, their know-how and their models to organize. However, their arrival in our country implied the encounter of this knowledge with the local conditions, for whose understanding they needed to learn from practice, from trial and error and especially from the bond with other communities, with the creoles and with the Local Management. The knowledge thus constructed is the result of social relations and the exchange of cultural capital.

Through biographies, memoirs and interviews with the descendants of the Danish community in Argentina, two predominant situations in these stories are analyzed and described: wheat production and the construction of flour mills, and dairy production related to the cooperative organization.

The selection of this episodes is relevant because it allows to analyze the participation of the first Danes in the construction of knowledge with local impact (in the legislation, in the production of a specific market), as well as they demonstrate how the development of specific knowledge influenced the early stages of the Danish immigrant integration.

Keywords: knowledge, agriculture, dairy industry, Danish-Argentinean collectivity

1. Introducción: ¿por qué rescatar los saberes del inmigrante?

La recuperación de biografías y autobiografías de la colectividad dano-argentina en diversos documentos recopilatorios e investigaciones (entre los que se destacan los de Lars Bækhoj —1923; 1948—, y los de Mónica Bjerg —1995; 2001—), ha dado cuenta que hubo pioneros provenientes de este país escandinavo al menos desde la década de 1840. Esto se corresponde con un desarrollo legislativo, económico y social de nuestro país que supo motivar una relativamente temprana inmigración ultramarina (Gori, 1964; Devoto, 2007). Sin embargo, la creciente economía vacuna y lanar que caracterizó este período hasta 1870, estaba afectada por guerras civiles, incursiones en territorio indígena por parte del Estado para ampliar fronteras, falta de vías de comunicación y, por ende, de comercialización de productos. Este contexto algo adverso es el que encuentra Juan Fugl a su llegada en 1844, un maestro danés a quien la colectividad señala como su pionero, no sólo porque suyas son las primeras y más completas biografías, sino porque impulsó tempranamente diversas obras (institucionales, comerciales, culturales y productivas), tanto con otros daneses como con la comunidad del lugar donde se asentó: Tandil. A este primer grupo le siguieron coterráneos que fueron hacia el sur-oeste (en las actuales localidades de Tres Arroyos y Coronel Dorrego), extendiéndose también por Necochea y alrededores. Otros daneses que han dejado sus marcas autobiográficas migraron mucho más tarde a zonas como la Patagonia (hacia 1900), y Misiones (en la década de 1920), siendo igualmente los primeros daneses en el lugar. La distancia entre estos últimos y los pioneros bonaerenses es amplia en cuanto a las condiciones geográficas y sociales, pero en términos económicos e históricos comparten algunos hechos generales que motivaron la llegada de población extranjera hasta la década del 1930: la construcción de vías férreas, la expansión de la frontera agropecuaria e industrial, el crecimiento del mercado externo e interno y las restricciones al ingreso de inmigrantes por parte de Estados Unidos (país con el que los daneses, por ejemplo, tenían no sólo más cercanía geográfica, sino también más vínculos idiomáticos y religiosos).

En este marco, las autobiografías de daneses describen, en términos de producción de conocimiento, episodios donde los obstáculos son la naturaleza y los vaivenes de la política local, mientras que la economía nacional es relativamente poco nombrada en relación con las crisis mundiales o la actualidad de su país natal. Sin embargo, en los relatos de esa producción de saberes necesarios para alcanzar resultados prácticos, se observa

la obtención de productos o procesos más útiles y perfeccionados a partir de modificaciones incrementales aplicadas a modelos ya operativos. Ésta, la forma más barata de crear tecnología, no es por ello de ningún modo despreciable: la acumulación de múltiples mejoras generadas por muchos actores diferentes a lo largo y ancho de un espacio considerable, y durante un tiempo prolongado, que circulan por otra parte a través de intermediarios escritos u orales, y que incluso interactúan con el saber más formal generado por centros académicos o de investigación, no sólo es una muestra admirable de vital creatividad, sino que está en el seno de todos los procesos de innovación sostenidos y sustentables” (Djendjerian, 2014: 74).

En este artículo se rescatan dos situaciones referidas a la región pampeana: la cosecha de trigo y la molienda para producir harina, y la producción láctea vinculada al desarrollo cooperativista de la colectividad. Algunos episodios remiten a lazos con la legislación estatal, pero sobre todo muestran cómo el desarrollo de determinado saber fue una estrategia de integración para los inmigrantes aquí referidos y de qué manera el conocimiento operó como un capital cultural.

2. Conceptos y metodologías

Cuando se habla aquí de conocimientos nos referimos a aquellos que los inmigrantes desarrollaron como parte de sus actividades y ante necesidades prácticas concretas, en la medida en que pudieran ser aplicados para solucionar sus problemas cotidianos, especialmente para potenciar la producción agrícola o las tareas implicadas en sus medios de subsistencia. Por ello definimos la producción de conocimientos como aquella mejora a procesos o tecnologías destinados a completar información, corregir problemas o potenciar tareas domésticas, laborales o culturales-educativas, si es el fin de estas

últimas la generación o transmisión de conocimiento propio de la colectividad. Puede entonces tratarse de procedimientos, técnicas, dispositivos tecnológicos o emprendimientos novedosos que sean resultado de un aprendizaje tanto teórico como experimental, es decir, aquellos vinculados a la formación profesional original de los inmigrantes (si la tuvieron), tanto como los que fueron desarrollados en Argentina con el complemento de saberes de distintos grupos (hacia adentro de la misma colectividad, o entre colectividades con las que convivieron, o con pueblos originarios, etcétera). En cualquier caso, el conocimiento se produce de forma colectiva, y en ese sentido, es susceptible de ser disputado como capital en las prácticas sociales, al modo en que lo definía Pierre Bourdieu (1988; 1991). Esto significa que el conocimiento es un recurso de valor que se pone en juego en cada interacción social a fin de acumularlo, negociarlo o disputar ciertos bienes y recursos, principalmente económicos, culturales y simbólicos. Alicia Gutiérrez (1994) estudia y explica con claridad el análisis de las prácticas sociales que propone este autor, planteando la existencia de cuatro tipos de capital: el capital económico, que es el que apela a la disputa por bienes materiales y de producción; el capital social, esto es, la red durable de relaciones que tiene una persona por pertenecer a un grupo en donde todos están unidos por lazos permanentes y útiles; el capital simbólico, imbuido de prestigio, legitimidad, autoridad, reconocimiento; y el capital cultural en cualquiera de sus tres formas:

en estado incorporado, es decir, bajo la forma de disposiciones durables (*habitus*) relacionadas con determinado tipo de conocimientos, ideas, valores, habilidades, etc.; en estado objetivado, bajo la forma de bienes culturales, cuadros, libros, diccionarios, instrumentos, etc.; y en estado institucionalizado, que constituye una forma de objetivación, como lo son los diferentes títulos escolares (Gutiérrez, 1994:24-29).

Así leída, la clasificación teórica de Bourdieu habilita el análisis de las situaciones identificadas en torno a la disputa por un determinado capital principal (económico, cultural, social o simbólico), entendiendo por capital al conjunto de bienes acumulados que se producen, distribuyen, se consumen, se invierten, se pierden.

¿Y cómo podemos relevar las situaciones elegidas a fin de reconocer estos elementos? Para ello recurrimos a las experiencias migratorias, entendidas como trayectorias de vida contadas en primera persona por los pioneros a través de sus memorias y autobiografías, o en biografías relatadas por terceros, tanto como las historias de familia expuestas a la luz de entrevistas semiestructuradas realizadas a los descendientes de la colectividad dano-argentina sobre sus primeros antepasados en el país.

Estos tres tipos de fuentes conforman un corpus de historias, relatos de vida y autobiografías que resultan útiles como herramientas para seguir procesos subjetivos, representaciones y percepciones que nos permiten

observar de qué naturaleza eran en el pasado las actitudes introspectivas de los hombres, de qué modo y para qué fines se observaban a sí mismos; además, podemos ver cómo las distintas situaciones sociales e históricas han favorecido distintas formas de la personalidad y cómo estas distintas formas de actitudes introspectivas desempeñan inconscientemente ciertas funciones sociales (Mannheim citado por Prieto, 1982: 12).

Con todo, es de esperar que este tipo de testimonios necesiten ser contrastados para determinar su veracidad, ya que “los intrincados mecanismos del olvido, la perspectiva del tiempo, la trama de intereses personales o de grupo, son eficaces auxiliares en la tarea de trastocar fechas, deformar anécdotas, invertir o suprimir el orden real de los sucesos” (Prieto, 1982: 14).

La propuesta para evitar dichos mecanismos de la memoria autobiográfica —y considerando además que las historias de vida editadas en español son relativamente pocas y excepcionales—, es tomar como eje principal a las biografías que explicitan de forma más minuciosa sus situaciones de producción, organización y comunicación de conocimientos, y complementarlas con entrevistas a descendientes de daneses. De esta manera, se llega a completar y contextualizar lo que aparece en las memorias de los pioneros con testimonios numerados según la sistematización de su relevamiento original (del 1 al 232, provenientes de cuarenta y cinco entrevistas), a fin de jerarquizar el contenido por sobre la persona que lo emite. Esto es relevante en la medida en que la información rescatada de

las entrevistas para este artículo intenta reconstruir una memoria colectiva de lo que sucedía en la época a la que refieren las autobiografías, antes que incorporar nuevas historias de vida que, sin la evaluación de su contexto, podrían abonar a las particularidades de los sujetos pero no necesariamente a las características generales del grupo. La realización de estas entrevistas semiestructuradas se hizo en el marco de eventos tradicionales de las ciudades de Tandil y La Dulce, en la Asamblea anual del Club Danés de Necochea y en los domicilios particulares de las personas seleccionadas, mientras que para rastrear las biografías se investigó en clubes afines de esas ciudades y en la biblioteca de la Iglesia Dinamarquesa en Buenos Aires.

Por último, la recolección de información se completó con la búsqueda y procesamiento de informes e investigaciones referidos a la inmigración danesa en Argentina en el período estudiado, así como se recurrió a medios de comunicación de la colectividad, museos y colecciones particulares de este grupo migratorio, a fin de reconocer qué parte de sus saberes se encuentra organizado y conservado para su resguardo o exposición pública o privada (en forma de objetos, diarios personales o cartas).

3. Daneses en Argentina: contextos de recepción y perfiles de producción

Como hemos visto, la recuperación de autobiografías de daneses nos relata la llegada de pequeños grupos de pioneros desde la década de 1840, en momentos en los que las políticas y marcos legales de promoción de la inmigración eran poco flexibles. En efecto, durante el gobierno de Juan Manuel de Rosas (1826-1853) no se registran colonos, no hay promoción de la inmigración, el Reglamento Las Heras de 1825 que buscaba fomentar la llegada de trabajadores europeos con la protección garantizada de sus derechos queda archivado, se anulan las cartas de ciudadanía otorgadas en 1829, y diez años después también queda inactiva la Enfitéusis (Gori, 1964: 45-46). Las *Bases y puntos de partida para la organización política de la República de Argentina*, de Juan Bautista Alberdi —uno de los primeros intentos de promover la inmigración para resolver el problema de la tierra pública desierta fomentando la agricultura, la industria, las instituciones y el comercio—, volverán a tener protagonismo en el proyecto de país que se presenta a partir de la Constitución de 1853, que otorgará la ciudadanía a los extranjeros luego de dos años de trabajo continuo.

Esta sucesión de leyes y normas destinadas al fomento de la inmigración facilitó el ingreso de daneses a la República Argentina siguiendo el movimiento migratorio general acontecido en nuestro país y que, en términos cuantitativos, se incrementa desde la década de 1860 hasta alcanzar hacia 1914 el mayor porcentaje de extranjeros por cada 100 argentinos nativos (31,6); a partir de allí comienza a descender (Germani, 1955: 81). Si analizamos el proceso inmigratorio por etapas (Devoto, 2007:540-547), el paralelismo con los daneses empieza a notarse levemente a partir de la década de 1870 y crece hasta la crisis de 1890. Esto se debe, en parte, a que las redes interpersonales se volvieron más densas, especialmente en la ciudad de Tandil, donde se encontraba ya un número importante de daneses afincados. Es entonces cuando empiezan a actuar otros intermediarios, amigos de amigos que favorecen la integración de daneses que aún no tenían familias en la Argentina pero que podrían encontrarse con coterráneos con los que compartir ámbitos, hábitos, idioma y costumbres al llegar a destino.

(...) era necesario conocer las oportunidades efectivas existentes en otros contextos, lo que quería decir información provista por amigos, parientes o alternativamente por agentes de Estados extranjeros o de las compañías de navegación. (...) Las cadenas brindaban información y asistencia. Sin la primera, el tal mercado global es una pura ilusión teórica. Sin la segunda, la decisión, aunque hecha como cualquier otra en un contexto de incertidumbre, era apenas una riesgosa conjetura (en el destino de origen) opuesta a una certidumbre (en el lugar de origen). La información, cuanto mayor y más confiable fuese, más alentaba la decisión de emigrar (Devoto, 2007: 534-536).

Posteriormente se incorporarán a esta lógica migratoria otros agentes aún más alejados de las relaciones personales, pero que actuarán igualmente en el incentivo al poblamiento de estas tierras. Hacia el año 1900 el mecanismo de información a través de los agentes de propaganda ya estaba aceitado y los potenciales migrantes se contactaban con ellos para facilitarles datos sobre referentes que pudieran otorgarles trabajo, así como los lugares más convenientes para asentarse. En ese

aspecto, ya se prefiguraban como puntos neurálgicos de la colectividad las zonas cercanas a Tandil, Tres arroyos y Necochea. De esta manera, al iniciarse el siglo XX, cuando la oleada inmigratoria ultramarina se reactiva y llega a su auge, la corriente danesa crece lentamente, aunque también alcanza su máxima expresión entre los años 1911 y 1915; desde entonces, la recuperación económica argentina de la década de 1920 será igualmente aprovechada por inmigrantes de distintas nacionalidades, y para aquellos provenientes de Dinamarca significará el último ingreso masivo a nuestro país (Bjerg, 2001: 42-43).

En este contexto, se reconoce entonces que a partir de la década de 1880 la imagen positiva de Argentina como destino migratorio crece ya no sólo por la opinión de los daneses afincados en el país, sino por la actitud sistemática y formalizada de agentes de propaganda cuya actividad promovía el propio gobierno argentino. Siguiendo a Bjerg, en los diarios daneses *Politiken* y el *Berlinske Tidende* (ambos de Copenhague) podían encontrarse las actividades de las congregaciones y de las instituciones étnicas de la comunidad (escuelas, clubes, bibliotecas), e incluso censos sobre los daneses que para 1900 vivían en la Argentina (2001: 43-44).

Ciertamente, el incremento de publicidad positiva sobre Argentina contrastaba también con algunas experiencias negativas de los pioneros que volvían a Dinamarca. Un ejemplo de esto se relata en la biografía de Adolf Petersen cuando indica el impacto adverso de las condiciones locales de trabajo en esta nueva población:

Era un lugar apartado. Eran 100 km hasta Tandil. En su mayoría se trabajaba con la población nativa de la región y con aquellos daneses que se apartaban de los círculos tradicionales. De los daneses que trabajan aquí nada menos que seis desaparecieron, uno falleció, tres se suicidaron y dos se perdieron en sitios desconocidos. El durísimo trabajo y las condiciones de la naturaleza provocaron estas situaciones (Bækthøj, 2011:80).

¿Pero qué sabemos de quienes llegaban? ¿En qué trabajaban? ¿Qué conocimientos tenían? Tal como explica Devoto (2007) es muy difícil establecer un perfil unificado de los inmigrantes, aún si tienen la misma nacionalidad de origen. En el caso danés se aplica el criterio de que las personas poseían habilidades diferentes según el lugar del que provinieran (aquellos originarios de las islas mayores de Dinamarca, como Lolland, diferían en cuanto a oficios de aquellos que migraron desde la península de Jylland), y aún más si llegaron en 1870 o en 1920. Igualmente, en lo que hace a los objetivos de este artículo, la profesión de origen tiene menos relevancia que la habilidad que desarrollaron en nuestro país y que luego, en algunos casos, convirtieron en oficio o experticia. Según el contexto que los recibiera, los daneses estuvieron más o menos cerca de desarrollar sus capacidades originales y, en términos generales, fueron más beneficiados los pioneros asentados en Buenos Aires, que los que migraron hacia 1900 o 1920 a la Patagonia o a Misiones.

En cualquier caso, en este grupo también se corresponde con el movimiento migratorio general la pauta de que “la migración incluyó muchas figuras profesionales, desde comerciantes hasta artesanos, campesinos o jornaleros (con toda la ambigüedad implícita en esas definiciones)” (Devoto, 2007: 540). En las entrevistas detectamos ocupaciones vinculadas al trabajo de campo, el comercio, la producción láctea, oficios como el de carpintería o herrería y el periodismo, pero aparecen también ocupaciones comunes relacionadas a lo gastronómico (cocinero, panadero), el hospedaje (pensionista) y las tareas del mecánico, el tractorista y el esquilador. Además, hay un grupo que, aunque sea minoritario, representa otras funciones como las de técnicos o inventores, políticos, médicos, contadores, aviadores, artistas y radioaficionados.

Como se dijo anteriormente, la relativamente baja profesionalización de los daneses es una característica que se evidencia con la inmigración masiva, en parte por las condiciones económicas de las que provienen, algo más precarias que las de sus antecesores, pero también porque el país se había posicionado como exportador de materias primas y era esa la actividad que se fomentaba desde el gobierno nacional. Consecuentemente con ello, el movimiento migratorio siguió la ruta de las posibilidades de desarrollo en el campo, dejando atrás centros urbanizados y marcando así un perfil laboral por el que coincide que en la primera etapa (los que fueron a Tandil) venían formados en oficios o profesiones urbanas, mientras que en la segunda etapa predominan los oficios rurales.

Hasta qué grado Argentina como país de agricultura se ha prestado para los daneses se ve por

una enumeración hecha por la Legación danesa en Buenos Aires en 1923 resultando que había entonces 197 daneses que eran propietarios de tierra y 440 que eran arrendatarios de tierra en el país, poseyendo y arrendando respectivamente 139.000 y 365.000 hectáreas, números que han aumentado considerablemente en los seis años transcurridos desde entonces. La mayor parte de estos terrenos está situada en la Provincia de Buenos Aires, esencialmente en la zona de Tandil hacia el Norte hasta Necochea hacia el S.E y hasta Coronel Dorrego hacia el S.O. (...) Según la enumeración de 1923 no menos del 70 por ciento de los daneses en la Argentina se dedicaban, directamente o indirectamente (es decir, como jardineros, mecánicos, herreros, etc.), a la agricultura; el 14 por ciento eran empleados de oficina y negociantes; el 10 por ciento artesanos, y el resto tenían diversas ocupaciones. De las personas no ocupadas en la agricultura casi la mitad vivían en la capital de Buenos Aires (Monrad-Hansen, 1940: s/n)

Estas apreciaciones sobre la formación de los inmigrantes contribuyen a definir el perfil laboral y tecnológico de las colectividades danesas hacia 1920, en donde predominan el arrendamiento y la medianería de chacras que

a pesar de su tamaño, tenían sustanciales inversiones en tecnología, sobre todo en cosechadoras y cortadoras, lo que sugeriría que muchos de estos productores realizaban actividades económicas complementarias a las efectuadas dentro de la propia empresa, como la trilla por convenio, con la que los arrendatarios medianos completaban los ingresos provenientes del laboreo agrícola en sus propias chacras (Bjerg, 2001: 79).

Un dato interesante que se desprende de esta situación es que los daneses no sólo debían lidiar con las condiciones de la tierra, sino que las inversiones en tecnología eran poco menos que una obligación para optimizar la producción y el progreso de sus estancias, con lo cual también se les aceptan las mejoras realizadas sobre el campo que arrendaban. Aunque esto sucede en etapas posteriores a la de los pioneros daneses citados en este artículo, todas las investigaciones, entrevistas y relatos biográficos referidos a continuación, muestran cómo se enseñaban las tareas y las tecnologías, observando tanto habilidades como limitaciones de los daneses en comparación con los locales u otros colonos.

4. Un país lleno de tierra y vacas

En un país cuya primera Constitución Nacional impulsaba la llegada de europeos para “labrar la tierra, mejorar las industrias e introducir y enseñar las ciencias y las artes”, es imaginable que el trabajo agrícola y la producción láctea favorecieran las relaciones entre colonos y locales, siempre que estas tareas redundaran en beneficio de ambas partes, si se lo analiza en términos de disputa por el “conocimiento” como capital. En tal sentido, las experiencias que se relatan a continuación fueron seleccionadas por aparecer como factor común en el perfil laboral de una parte importante de los inmigrantes daneses, tanto en los relatos biográficos como en las entrevistas a descendientes. Por otra parte, tales experiencias son organizadas en dos ejes productivos (el de la agricultura y el de la producción láctea), subdivididos a su vez según su desarrollo y forma de organización: para el primer caso, la producción de trigo y la fabricación de molinos; en el segundo caso, la producción láctea y el desarrollo cooperativista.

4.1. La producción de trigo como novedad y como norma

4.1.1. Las primeras cosechas

La experiencia de un pionero danés que llegó a la Argentina en 1844, en pleno gobierno de Juan Manuel de Rosas, comienza diciendo que

como nunca antes se había cultivado la tierra en la región, no se ejercían las leyes rurales tendientes a proteger el trabajo agrícola. Tampoco eran respetadas tales leyes, ya que ni el Juez de Paz ni el Alcalde eran amigos del cultivo de la tierra. Y menos, aún, de los gringos que la cultivaban (Fugl, 1959:46).

Juan Fugl explicita luego que durante esos primeros años no recibió ningún tipo de ayuda por parte de las autoridades de la zona de Tandil a los fines de proteger su campo. Según sus palabras, el Alcalde era hijo del ministro preferido de Rosas (Felipe Arana, Ministro de Relaciones Exteriores de la Confederación Argentina) y el Juez de Paz vivía lejos. Sin embargo, ambos se presentaron un día en el campo de Fugl para observar la evolución del novedoso cultivo de trigo, reconociéndole el juez la perseverancia al inmigrante. En este primer contacto con las autoridades Fugl les plantea el problema: la imposibilidad de cuidar el trigo cuando crecía y la enemistad que le generaba actuar contra los dueños de los campos vecinos que dejaban sueltos sus animales para el pastoreo. Por respuesta, el danés sólo fue notificado de la existencia de un código rural según el cual, él tenía derecho a encerrar en un corral a los animales que invadieran su trigal, estando los dueños obligados a pagarle el daño producido, cosa que en efecto hizo posteriormente. Este código, sin embargo, no fue acatado por el vecino, y ante el desinterés del Alcalde (quien alegó que “lo que el juez había dicho eran palabras y no una orden, pero que yo podía formular mi queja por escrito y mandársela”), Fugl decidió presentarse personalmente al juez para reclamar por el pago del daño y, aún más, modificar ese código:

A la mañana siguiente, llamando al escribano, le ordenó que escribiera al alcalde diciéndole que debía reunir inmediatamente a los vecinos que tenían ganado y explicarles el asunto; que era orden del juez que debía efectuarse; que si se encontraba ganado de noche en el sembrado de los agricultores éstos tenían derecho a encerrarlo en su corral y retenerlo hasta que el dueño hubiera pagado el daño causado. [Consultado a Juan Fugl sobre tal determinación, completó:] Si el dueño de los animales no hubiere pagado el daño hecho, antes de las 24 horas, los animales serán llevados al fuerte los cuales, si son caballos serán “patriados” (eso significa que se les cortará la punta de la oreja izquierda, como señal de pertenencia al Estado), y si son vacunos serán carneados para consumo público. (...) Fue la primera orden dictada para la protección de la agricultura en la zona de Tandil, y de gran importancia para el desarrollo del cultivo de cereales del distrito. Desde su publicación, los vecinos, dueños de animales, fueron más tratables, y como no les cobraba mucho por el daño que los animales causaban, y nada a quienes los cuidaban bien, no habiéndose dado nunca el caso extremo de “patriación” de algunos, se acostumbraron a la nueva orden y vivimos pronto en buena vecindad (Fugl, 1959:57-58).

Más allá de cómo el accionar del inmigrante modificó los lazos con los vecinos y con las autoridades, lo que se percibe en esta anécdota es la construcción conjunta con el juez de una normativa (y como tal, una forma de proceder de esas autoridades), en principio, para sancionar la falta. Pero también nos habla del efecto que tuvo esta orden en el crecimiento y expansión del cultivo de cereal en la zona ya que, una vez hecha pública tal determinación, los evidentes buenos resultados de este cultivo ya no estaban amenazados por el proceder habitual de la producción ganadera.

Algunos vecinos, al ver el resultado del cultivo del trigo, simpatizaron con la agricultura y cuidaban mejor que antes sus animales para que no hicieran daño en los sembrados. Otros comenzaron a arar y sembrar, ayudándoles yo lo mejor que podía. Les vendí buena semilla y les aconsejaba cómo obtener el mejor resultado. Para mí era una ventaja el que los cultivadores de cereales fueran varios, pues de ese modo infundiríamos más respeto, tanto a las autoridades como a los vecinos en general” (Fugl, 1959:65).

Estas percepciones son comprensibles en una época en la que, como se dijo anteriormente, precede al establecimiento amplio y definitivo de la frontera agrícola en la zona centro sur de la provincia de Buenos Aires. Sumado a ello, la idea de que se reflejen como experiencias aisladas probablemente responda al carácter aún fragmentario de este grupo migratorio y a las escasas vías de comunicación, tanto en términos de información como de comercialización. Al acercarse el final del siglo XIX, tales condiciones irán cambiando: las conexiones comerciales vía férrea del país motivarán un crecimiento del mercado internacional y una mayor inmigración se ocupará de una industria cerealera cada vez más moderna.

4.1.2. La construcción de los molinos

Según Juan Martirén y Agustina Rayes (2016), el censo Nacional de 1895 y aún más particularmente, las

estadísticas del Ministerio de Agricultura desde 1906, son los primeros datos confiables y completos sobre el desarrollo de la industria harinera argentina, que crece coincidentemente con estas fechas por la modernización de los molinos durante las dos últimas décadas del siglo XIX:

La década de 1890 marcó así un nuevo patrón en la producción harinera: Santa Fe había abierto el camino con la modernización de sus molinos y la oferta de trigos baratos, Buenos Aires se había posicionado luego como el nicho productor por excelencia, generando un proceso de concentración de la producción en la región pampeana que no sólo buscaba orientar la producción hacia el mercado externo —principalmente Brasil—, sino también a abastecer una creciente demanda interna producto del fuerte incremento demográfico derivado de los flujos inmigratorios” (Martirén y Rayes: 10).

La inserción del cultivo de trigo y el consecuente aumento de la producción de harina en la región sudeste de la Provincia de Buenos Aires, fue una de las marcas más profundas en el relato de la colectividad

¹. Sin embargo, Fugl no llegó a la Argentina con pleno conocimiento de este cultivo, ni se destacó en los primeros años de su inmigración por desarrollar las técnicas pertinentes. Sus primeros trabajos estuvieron vinculados al tambo, el comercio, la construcción y la carpintería y fueron estos oficios los que le abrieron la puerta a la agricultura bonaerense, puesto que “justamente se habían mensurado chacras y quintas alrededor del pueblo para entregarlas a los agricultores, pues no los había en Tandil” (Fugl, 1959:32); es entonces cuando lo contactan con el comandante del fuerte, Rosendo Parejas, con quien el pionero danés se compromete a construir un molino para fabricar harina con el trigo.

La construcción de los molinos (uno que funcionaba con tracción a sangre y otro posterior que utilizaba la fuerza del agua) implicaron procesos distintos pero en cualquier caso no exentos de la búsqueda de información sobre los materiales (cuáles eran los mejores, dónde conseguirlos, cómo construirlos si las limitaciones económicas no permitían acceder a nuevos), la improvisación sobre los proyectos ante la rotura de piezas y represas, la consulta a profesionales y la colaboración de expertos para la construcción.

En este sentido, la construcción del primer molino derivó en un oficio accidental y accidentado. El contexto de Fugl era desfavorable en cuanto a que no había incentivos para iniciarse en este mercado, los materiales no estaban cerca y él mismo debía improvisar para resolver muchas carencias. El fin último de esta construcción era producir y vender él mismo la harina del trigo que cultivaba. Para ello compra entonces dos muelas usadas (una delgada y otra rota sostenida apenas por un arco de hierro) que había visto en un negocio de Buenos Aires y que hace llevar a Tandil por una tropilla de carreteros. El primer inconveniente sucede cuando una de ellas se rompe al ser descargada, ante lo cual, Fugl recurre a lo que tiene cerca: las sierras. De ellas elige una piedra a fin de trabajarla con cincel y martillo, completando la estructura del molino con maderas y con los hierros que había traído de Buenos Aires. Pero el procesamiento del trigo plantea un problema:

Lo que nos daba mucho trabajo era la limpieza del trigo pues, el tenerlo que trillar con caballos hacía que siempre se mezclaran terroncitos de tierra del mismo tamaño de los granos, difíciles de separar con el cedazo. Debido a ello la harina salía siempre de color gris, pues en la molienda iban junto con el trigo los terroncitos de tierra que quedaban convertidos en polvo.

¹ Así lo sostiene gran parte de los descendientes entrevistados, aunque según el Censo Nacional de 1895 la producción a gran escala de cereales se inicia hacia 1856 con la fundación de la colonia Esperanza en Santa Fe y recién en 1877 nuestro país empieza a exportar trigo y harina, acrecentándose los números de manera tal que para 1896 se exportaban más de 51 mil toneladas de harina y 532 mil toneladas de trigo. En este crecimiento, sin dudas, “la poderosa influencia del elemento extranjero en la industria argentina queda una vez más probada por esas cifras, en que resulta que casi la mitad de los molinos argentinos son de propiedad de industriales europeos” (Censo Nacional 1895: CVI-CXX). Sin embargo, en estas conclusiones no aparecen como principales impulsores los daneses (en rigor sólo aparece un propietario en la Provincia de Buenos Aires) sino los italianos (102 en Buenos Aires y 125 en todo el país), pero ciertamente es esa provincia la que más aporta en cuanto a la molienda (175 mil toneladas), ubicándose antes que Santa Fe, Capital Federal, Entre Ríos y Córdoba. Había por entonces 474 molinos de trigo.

Para remediar esto sacamos del molino la muela de arriba y en su lugar colocamos una de madera, que no molía el trigo y rompía los granitos de tierra haciéndolos polvo. Hecha esta operación pasábamos el trigo por la ventiladora que aventaba el polvo. De esta manera el trigo quedaba limpio y la harina salía bien blanca, lo que constituía un progreso de gran importancia (Fugl, 1959:65).

En efecto, este “progreso” implicaba una mejora en la calidad del producto, la harina, aunque Fugl no señala mayor impacto que el rendimiento económico, que de cualquier manera era bastante limitado, a veces por los bajos precios de la harina, otras veces por las sequías, pero más especialmente porque la gente del campo estaba poco acostumbrada a comer pan y a los habitantes de Buenos Aires les costaba menos importarla de Norteamérica que hacerla traer del interior de la provincia, dados los altos costos de transporte.

Sin embargo, el progreso y la mejora en la calidad de la harina implicó también un gran reconocimiento, tanto por los vecinos —a los que el trugal les provocaba gran curiosidad “pues muchas personas de la zona nunca habían visto la planta de donde provenía el pan que comían, y quedaban asombradas de ver como se producía” (Fugl, 1959:153)—, como a nivel simbólico a través de premios a la producción que se otorgaron a integrantes de la colectividad conforme fueron acrecentando sus éxitos al expandirse hacia el sur de la provincia: “Los colonos daneses han logrado las más altas recompensas en los concursos de cereales realizados en la zona, y especialmente en las mencionadas colonias” (Ibarbia, 1940:4). La cita refiere, en este caso, a las colonias de San Francisco de Belloq y Claromecó.

Casi diez años más tarde, Juan Fugl emprende la construcción de otro tipo de molino, motorizado por la corriente de agua. En este caso, sus fuentes de información son diferentes: estando de visita en su país natal, buscó libros² y consultó a un técnico, profesor de la capital quien, “después de una conversación de una hora me aconsejó: ‘Construya el molino de acuerdo a sus ideas prácticas, sin preocuparse de las matemáticas y teorías sobre construcción, y de ese modo se defenderá mejor de los errores y equivocaciones’. Después vi que el profesor tenía razón” (1959: 90).

La búsqueda a partir de estas fuentes oficiales y formales es compensada entonces con la ayuda de otro tipo de colaboración y en 1861 inicia la construcción de un molino de agua, para el cual

sólo me ayudaron dos artesanos: un albañil que poco sabía de su oficio, y un carpintero alemán, muy amigo del alcohol, pero que realmente conocía el suyo, y fue mi única ayuda, consuelo y refugio. Sin embargo, aunque buen carpintero, nada sabía de construcción de ruedas de molino, de modo que por mí mismo tuve que hacer la prueba, y si algún experimento se malograba él se aburría y amenazaba con abandonarme. Tuve que hacer las veces de carpintero, albañil, constructor de casas, de molino y terraplenes; maquinista, herrero, talabartero, y muchas cosas más (...) Todo estaba bien calculado siempre que alcanzáramos a levantar el terraplén a metro y medio de altura sobre el nivel de las orillas. Pero antes de lograrlo nos sorprendió la cosecha de trigo, y mis colaboradores abandonaron la tarea para trabajar en la recolección del grano, pues se les pagaba bien, terminada la cual volverían para terminar la construcción del terraplén. Pero el mes de la cosecha coincide, por lo general, con el mes de las lluvias más violentas. Bien pronto el agua saltó por encima del terraplén derribándolo completamente y arrastrando, corriente abajo, todo: tierra, tirantes, tablas... (Fugl, 1959:108-109).

El inmigrante habla aquí explícitamente de avanzar por prueba y error, y de echar mano a los diversos oficios que había realizado previamente, a fin de complementar todos los saberes necesarios para desarrollar una construcción tan compleja. Aún así, cargado del reconocimiento hacia su potencial y

² A juzgar por una referencia similar durante el mismo viaje, dicha búsqueda se produce en la Real Biblioteca de Copenhague (*Det Kongelige Bibliotek*), que es la “Biblioteca Nacional” de este país, la cual tiene por misión el coleccionar y guardar toda clase de literatura danesa que se publique en Dinamarca y aquella que referente a este país se publique en el extranjero, así como también las obras de escritores daneses traducidas a idiomas extranjeros. Además, es la biblioteca principal de Dinamarca respecto a investigaciones científicas en el campo de las humanidades. Fue fundada por los años de 1660, pero no fue abierta al público hasta 1793 (Kierkegaard, 1966:342-343).

capacidad otorgado por el profesor, él mismo se posicionaba como director y responsable de la obra. Reconocimiento semejante no tendría lugar entre los vecinos al finalizar la obra al año siguiente, ya que

algunos se arrimaron y admiraron la maquinaria, pero otros ni quisieron verla. Convencidos de que fracasaríamos en nuestros afanes ¡ahora, hasta nos mezquinaban su reconocimiento por la buena suerte que habíamos tenido! Domínguez, mi amigo, dando prueba de sus patrióticos sentimientos me escribió desde Buenos Aires, cuando supo que el molino estaba terminado y andaba bien, diciéndome que no sólo se alegraba conmigo sino que, como ciudadano de Tandil y como argentino consideraba que la victoria que habíamos logrado en la construcción del molino, constituía un apoyo y un factor de fomento de la vida comercial del pueblo y del país entero. Y terminaba diciendo que esperaba que la energía por mí demostrada hasta el presente no cesaría con la victoria del molino (1959:111).

Domínguez, vale aclarar, era Narciso Domínguez, a quien Fugl había conocido en sus primeros años en Argentina. En su autobiografía el danés lo refiere casi siempre como “mi mejor amigo Domínguez”, y aunque tal amistad tuvo sus vaivenes, siempre fue muy respetada y provechosa para ambos, ya que en muchos episodios que marcan el crecimiento de la figura de Fugl en la comunidad, aparece Domínguez en su rol de Juez de Paz, colega comerciante o compañero en una comisión municipal que impulsó el desarrollo de instituciones públicas en Tandil, como la escuela para niños y para niñas.

Las consecuencias que resalta el propio Fugl sobre la culminación del molino evidencian una mirada positiva y otra negativa por parte de su entorno. Por la primera, asegura que inmediatamente se construyeron molinos de este tipo pero más grandes en la ciudad de Azul, movilizados no sólo por el éxito del danés sino por la creciente abundancia de trigo en el mercado, que provocó también la posterior construcción de un molino movido por una máquina a vapor en Tandil, siete años después de inaugurado el suyo.

El aspecto negativo fue que el molino reducía el caudal de agua tierra abajo, lo que provocó problemas con los estancieros, porque en consecuencia les faltaba agua a sus animales: “Me amenazaron con la policía y otras autoridades, pero siete u ocho años antes había solicitado, y obtenido, de las autoridades principales, el derecho de hacer lo necesario en el arroyo para el molino de agua” (1959:112).

En términos del saber acumulado, requerido y disputado por este inmigrante en todo el proceso relatado de producción y molienda de trigo, es interesante la manera en que transforma y adapta sus herramientas para acelerar la producción y mejorar la calidad de la harina. A pesar de que esto evidencia un caso exitoso de producción de conocimiento, el relato de Fugl parece más relevante por su valor económico que cultural. Por su parte, el valor simbólico de estos progresos fue adquirido lentamente, a la par que se iba gestando un público (y) consumidor tanto de la harina como del proceso donde se originaba el pan que se ponía en las mesas.

El segundo molino tiene un proceso distinto. Para empezar, el problema ya no lo representaba la opción de potenciar la calidad de la harina, sino la construcción misma de una estructura que atendía a principios físicos de dinámica e hidráulica. Sus fuentes entonces serán los libros especializados y la consulta a profesionales certificados, pero la puesta en práctica evidenciará un trabajo colectivo con gente de oficio o con habilidades manuales sobre las que el danés hubo de enseñarles, y la improvisación sobre prototipos ante la rotura de piezas y represas. Durante la obra él fue su director y responsable principal, pero negoció varias veces el trabajar en momentos en que otras tareas de campo no requirieran a sus colaboradores, así como el resultado final del molino le implicó otro tipo de relaciones con las autoridades y con los vecinos. Más allá de si fueron o no positivas, el reconocimiento general le valió reforzar su posición como referente de la comunidad, al menos en este tipo de producción y por ello, el capital cultural, social y simbólico acumulado trascendió el económico, más susceptible a la demanda del mercado y la llegada de nuevas tecnologías a la zona.

Hoy en día la ciudad de Tandil tiene diversos monumentos que representan a Juan Fugl, y el más importante de ellos es justamente una escultura suya con una muela de molino a sus pies.

4.2. La producción láctea: entre el ordeño y la cooperativa

4.2.1. Las primeras actividades y la venta particular

La producción láctea desarrollada por los daneses llegó a ocupar un lugar destacado en Argentina, junto con la de otros colonos como los vascos, los suizos y los italianos, “quienes comenzaron a desarrollar la actividad tambera, organizaron las primeras cremerías, fueron inventores e introductores de maquinaria en la industria láctea” (Olivera, 2013: 203-204). Incluso en épocas donde el oficio era tecnológicamente muy primario y consistía básicamente en la elaboración y venta de leche casa por casa, el propio Fugl reconoce haber aprendido a ordeñar y vender imitando a los argentinos o a los españoles. Claro que en su caso este oficio le duró poco tiempo, ya que en el país gobernaba aún Juan Manuel de Rosas y las rencillas hacia los extranjeros provocaron que este pionero abandonara el rubro antes de finalizar la década de 1840. Sin embargo, casi dos décadas más tarde el panorama político había cambiado y otros daneses recién llegados buscaron su sustento en la producción láctea, en especial porque “había aquí muchas vacas y Eigler quería introducir la industria lechera de acuerdo al modelo danés” (Bækthøj, 2011:20). La cita refiere al inmigrante danés Eigler de Nakskov, quien a mediados de 1860 trabajaba como mayordomo en la estancia “Las Rosas”, a 50 kilómetros de Tandil, en donde en 1867 llegaron otros daneses para establecer un tambo. La tarea de ordeño resultó difícil porque su forma de domar a las vacas —luego de probar enlazarlas, atarlas y encerrarlas—, era ocasionarles hambre y sed un par de días, con lo que, si al cabo de una o dos semanas el animal se dejaba ordeñar, el rendimiento de leche era mínimo: “habían comenzado en una época prematura y después de nueve meses abandonaron el ensayo del tambo” (Bækthøj, 2011:26), mudándose y dedicándose a otros rubros.

Las especificaciones respecto de qué significaba introducir el “modelo danés” refieren, en parte y a juzgar por el material de la época (Schrøder, s/d: 98), a espacios de producción en donde se extraía la leche y se fabricaban productos derivados mediante máquinas, así como procesos de pasteurización y enfriamiento de la crema-nata.

Por otra parte, se sabe que la importancia de esta industria en Dinamarca derivó en un movimiento cooperativo que se inició en 1882 cuando se funda la primera cremería cooperativa en Hjedding, al oeste de la península de Jylland:

Un grupo de labradores modestos se asociaron bajo condiciones muy sencillas para solucionar un problema común económico (...). No parece que hayan recibido impulsos de otros círculos, pero sus esfuerzos se vieron coronados con éxito tan grande que a los pocos años se crearon no pocas mantequerías cooperativas en su mayoría sobre el modelo de la de Hjedding. El objetivo de esta colaboración era la elaboración de la leche para fabricar los productos de lechería. En cambio, durante una serie de años, no se hizo gran esfuerzo para organizar el aspecto mercantil de la industria, y se ha visto el caso singular que las mantequerías cooperativas durante bastantes años seguían vendiendo la manteca a negociantes particulares (Drejer, 1941:12).

La generación de inmigrantes daneses que es posterior a este modelo provenía del campesinado de la península, y no desconocían este modelo de producción; de hecho los oficios vinculados al campo (incluyendo el tambo) abundan en el perfil profesional de la segunda etapa migratoria de los daneses.

Una de estas experiencias fue relatada en las entrevistas sobre un pionero (entendido aquí como el primer integrante de la familia en llegar a la Argentina, pero también por pertenecer al grupo de daneses que se asentaron en Santa Fe), hacia 1920. Este danés había estudiado en Dinamarca y era un “maestro lechero” (*mejerimand*); al llegar a nuestro país trabajó primero en el campo y en el tambo en la zona de La Dulce (Necochea); se trasladó luego con su familia a Córdoba para fabricar quesos con otros dos daneses, empresa que fracasa cuando los socios —encargados de venderlos en Mendoza—, desaparecen, dejándolo en bancarrota. De allí se mudaron a Santa Fe, a Fidela (ciudad fundada en 1913), para trabajar en una cremería del Molino Angelita, donde también había un danés que era inspector de cremerías:

Hay muchos tamberos por ese lado, los que tienen las vacas y ordeñan tienen que llevar la leche a la cremería. Los lecheros venían con los carros, mi papá medía la grasitud que tenía la

leche y según la grasitud se lo anotaba y se le pagaba. Y entonces había una desnatadora en donde se pasaba toda la leche junta en unos tanques altísimos. Y se hacía la crema y se despachaba en tren en esos tachos de aluminio. Se llevaban a Esperanza y en Esperanza se hacía la manteca. Toda la zona era lechera. La ganadería era muy importante [98].

Además de describir el proceso de producción y comercialización de la leche y sus derivados (la entrevista menciona extensamente la obtención de caseína y suero), este relato nos habla de una industria bien instalada en la zona láctea por excelencia de Argentina (Santa Fe - Córdoba - Buenos Aires) y la participación de otros daneses en ella. No hay referencias a una colectividad propiamente dicha, e incluso es comprensible que la baja cantidad de población danesa que inhabilitó la constitución de instituciones propias, haya potenciado el intercambio con inmigrantes de otras colectividades afines.

Así lo deben haber comprendido los suecos Abel Nordström, Hilmer Dahlgren y Harald Mörtstedt quienes a fines del siglo XIX fundaron “La Compañía Escandinava” (1891) en Jeppener, al sur de la Provincia de Buenos Aires. Se trataba de insertar en el mercado los separadores de Laval que separaban la crema de la leche, un artículo muy publicado en diarios dano-argentinos como *Tandils Tidende*³. Esta empresa tuvo, en principio, un gran sentido de la oportunidad, ya que

Argentina era conocida mundialmente por ser la tierra prometida del ganado. Pero a fines del siglo pasado apenas se ordeñaba al 1 % de las vacas del país. La crema, la manteca y el queso, producidos en limitadas cantidades, eran fabricados artesanalmente por los “lecheros”, la mayoría de origen vasco. La demanda sólo podía satisfacerse importando esos productos desde Dinamarca y Francia. “La Escandinava” modificó esa tendencia. Fue la primera empresa que exportó manteca argentina a Inglaterra. Equipada con los separadores de Laval que el capitán Adde había introducido en el país cinco años antes, los escandinavos pudieron aumentar la producción de exportación: de mil kilos al día en 1894 a cuatro mil kilos al día en 1899 (S/D: 4).

La Escandinava fue comprada luego por una cooperativa que reunía a los productores de leche del país y convivió luego con La Cooperativa de Cremerías. Para entonces, el nivel de formalización de esta industria había alcanzado un importante desarrollo en la región, aunque las técnicas y procesos siguieron siendo primarios en otros lugares en donde los daneses se dedicaban a esta producción, como en la Patagonia⁴.

4.2.2. Las cooperativas dano-argentinas

La mención al modelo organizacional danés en cooperativas lecheras no es del todo novedosa para los colonos que llegaron a nuestro país. Tal como explica Gabriela Oliviera, “El desarrollo del cooperativismo fue temprano e importante ya que estos inmigrantes traían tradiciones lecheras y cooperativistas de sus países de origen. La producción tambera alcanzó mayor expresión en las zonas beneficiadas por las colonizaciones. No obstante, el crecimiento se vio trabado por la falta de redes camineras, de medios de conservación y de transporte de los lacticios” (2013: 206).

Tanto en esta cita como en las entrevistas a descendientes de la colectividad aparece esta modalidad de trabajo como una pauta cultural traída desde Dinamarca y argumentan dicho origen porque “en un pueblo chiquito donde son pocos y el suelo es pobre, no pueden estar desunidos” [52]. Tal concepción sobre el cooperativismo es rescatada, por extensión, como un valor de la formación ciudadana y religiosa que los daneses “importaron” del país nórdico. De esta forma, “el bienestar de la sociedad era algo natural, no era materia de discusión, había que encaminarlo” [58].

³ Así aparecía este artículo en un aviso publicado en el diario *Tandils Tidende* de la colectividad (01/09/1904): “Medio millón desnatadoras Alfa-Laval vendidas. Únicos introductores: Goldkuhl y Brostrom, 1075 Belgrano 1099, esq. Lima, B. Aires”.

⁴ En biografías como la de Magnus Lauring (1985) se mencionan los procesos rudimentarios a los que recurrió para producir derivados de la leche durante su estancia en la Patagonia, entre 1914 y 1930.

Las actividades más mencionadas resultado del desarrollo que tuvieron estas organizaciones en Argentina, son la entrega de herramientas para empezar a trabajar en el campo (se trata en su mayoría de cooperativas agrícolas), el préstamo de capital y el impulso de colegios daneses como el que fundó un grupo de familias de esa nacionalidad que vivían en la Colonia San Francisco de Belloq (Tres Arroyos), “que sin esperar la larga tramitación oficial, establecieron una escuela en la cual se instruyen sus hijos” (Ibarbia, 1940: 4). El sentido de estas acciones era, por supuesto, ayudarse, mantenerse unidos y organizarse en términos de representación ante otras autoridades.

La difusión que tiene esta modalidad de organización en la colectividad dano-argentina se evidencia también en el núcleo de cooperativas distribuidas entre Necochea, Lumb, Orense, Tres Arroyos, Tandil y La Dulce. En estos lugares los miembros fundadores fueron daneses, ya sea en su totalidad o en su amplia mayoría: La Sociedad de Socorros Mutuos (1896, Tandil), La Segunda (fundada en 1923, La Dulce) y la Asociación Mutual DAN (1932, Tres Arroyos), eran las que contaban con mayor presencia danesa o dano-argentina en sus comisiones. En todos estos casos, las cooperativas se instalaron como protectoras de los daneses de la propia localidad, colaborando principalmente para defender su producción. Con el tiempo, sin embargo —y tal como sucedió con otras instituciones y eventos propios de la colectividad—, las cooperativas se fueron expandiendo y resultaron más permeables a socios de otras nacionalidades, al tiempo que ayudaban con sus aportes al desarrollo del pueblo, tal como se menciona en reiteradas ocasiones en el caso de La Dulce, fundado en 1911.

La Dulce Sociedad Cooperativa de Seguros Limitada nació bajo el nombre “La Danske Argentina” Sociedad Mutual Cooperativa Limitada de Seguros contra granizo, el 30 de mayo de 1922 (...) En las disposiciones generales de los estatutos, se establecía que el radio de acción correspondería el límite de los partidos de Necochea, Lobería y González Chávez (...) Por aquellos años ya contaban experiencia otras cooperativas de seguros, tales como “El Progreso Agrícola” de Pigüé fundada en 1898 y “La Previsión” de Tres Arroyos en 1904, las que sirvieron de modelo a la naciente (...) En 1927 al modificarse los estatutos, se debió cambiar su nombre por el de “Cooperativa Agrícola La Dulce” (1908-1983, S/D).

“La Previsión” es una cooperativa de particular interés en lo que refiere a la producción, organización y comunicación de conocimiento porque son sus socios quienes en 1923, urgidos por comprender y mejorar el rendimiento de sus campos, fundan una Chacra Experimental:

Este emprendimiento nace del seno de la comunidad preocupada por mejorar los conocimientos tecnológicos del sector agropecuario (...) A partir de 1958 se denomina Chacra Experimental de Barrow. (En la actualidad) La Chacra Experimental Integrada Barrow pertenece al Ministerio de Asuntos Agrarios de la Provincia de Buenos Aires y funciona como Unidad Operativa por Convenio con el INTA, formando parte de Centro Regional Buenos Aires Sur (Bertucci, 2014).

Todos estos casos muestran un modo particular de organización laboral, que principalmente persigue un beneficio económico pero que está muy vinculado a la potenciación de un capital social que le permitiera al grupo de daneses implicados actuar de forma mancomunada frente a otras instituciones locales. Igualmente, tal como sucedió en los clubes, las pautas de inclusión o exclusión de socios según su nacionalidad marcan también una tendencia a cierta concentración del capital simbólico por el que “lo danés” ya no se presenta ante la sociedad argentina como el perfil particular de tal o cual persona, sino como las características de un grupo determinado. Las cooperativas impulsan, en este sentido, un cambio radical en las relaciones con los grupos locales.

En este marco, el conocimiento ligado a la producción láctea no aparece “objetivado” —en términos de Gutiérrez—, bajo la forma de un molino, por ejemplo. Pero sí se destaca la transmisión de “formas de hacer” y de organizarse, es decir, se evidencia un conjunto de saberes “incorporados” que se ponen en juego como capital cultural.

Además, la evolución tecnológica dentro de esta industria varía radicalmente desde 1840 a 1930, lo que motiva una creciente capacitación del recurso humano y no sólo de la inserción de nueva maquinaria (como las que facilitarían luego el trabajo en el campo) o de construcciones más complejas (como las de los molinos de agua). En el caso de la industria láctea la fuente está siempre vinculada al otro: la imitación de sus tareas (y de sus actitudes) en cuanto al ordeño y la venta, la aplicación de un “modelo

danés” de producción, la concepción de un trabajo colectivo y aún más, cooperativo, propio de los escandinavos.

El movimiento migratorio de esta colectividad trajo profesionales en esta industria, incluso durante el período de la inmigración masiva, lo que se hizo notar en la expansión que la actividad tuvo en nuestro país: en la mayoría de las historias de vida de los pioneros, tanto como en las entrevistas que refieren a los primeros inmigrantes de familias asentadas en otros lugares donde no se conformaron colonias pero sí grandes grupos de daneses, la producción láctea aparece como una primera actividad económica, como una profesión que asegura un puesto capacitado en una fábrica, o bien como una tarea que —con algo de oficio, imaginación y perseverancia—, podía llegar a generar una ganancia eventual.

Como contraparte, a la mayor profesionalización de los daneses en este rubro respecto de los mencionados en apartados anteriores, la actividad se volvió endogámica al incorporar cada vez más técnicas y tecnologías provenientes de Dinamarca. Probablemente en este sentido las alianzas hayan sido menos que las competencias representadas —según estos relatos— en los vascos o en los suecos. Con estos últimos, sin embargo, parece haber habido un acuerdo comercial a partir de la venta de desnatadoras de ese origen, que a juzgar por la permanencia del aviso en las páginas del diario dano-argentino de Tandil, puede haber tenido gran reconocimiento entre la colectividad danesa.

5. Síntesis y conclusiones: el juego del conocimiento como capital cultural

De las cuatro situaciones planteadas es posible analizar algunos puntos que evidencian las maneras en que los colonos daneses pusieron en juego sus saberes y cómo afectaron su entorno social. Tales situaciones se eligieron por ser las que aparecen con marcado detalle en términos de construcción y disputa del conocimiento como bien cultural en alguno de sus tres sentidos: incorporado, objetivado o institucionalizado (Gutiérrez, 1994).

Cuando Fugl construye el segundo molino ya tiene incorporado el proceso que resultó del primero, pero esto no es suficiente para encarar mayor empresa, por lo que antes incluso de conseguir dinero, socios o cualquier otro tipo de apoyo, debe armarse de conocimientos especializados en hidráulica, dinámica, etcétera, a través de libros y consultando a profesionales. A su vez, aquel primer molino representa saberes objetivados, donde las modificaciones hechas para tener una harina más limpia son resultado de las soluciones prácticas que aplicó en su experiencia de construirlo. Todo este cúmulo de conocimientos conforman el capital cultural que, sumado al capital simbólico, social y económico por los que también se lucha en el proceso de edificar el molino, darán como resultado una construcción que tendrá igualmente, un valor cultural (el conocimiento objetivado en dispositivos o técnicas novedosos), simbólico (el reconocimiento de autoridades y vecinos de Fugl como productor de esa tecnología), social (nuevas alianzas con estos actores, aunque también nuevas competencias) y económico (incremento de ganancias).

Lo mismo podría analizarse en relación a la producción láctea, donde es distinta la situación de los que sólo ordeñaban y vendían a la de aquellos que la pasteurizaban o producían derivados. Los primeros podían o no tener algún conocimiento incorporado sobre la tarea (recordemos que muchos de ellos venían de realizar tareas del campo en Dinamarca), pero más que nada aprendían observando a los locales y en ese sentido el conocimiento estaba objetivado en los usos y técnicas que expresaban los modos de hacer de otros. En el segundo caso, lo que traían del país escandinavo eran saberes fundados en el aprendizaje y la experiencia práctica surgida de haberse dedicado a ello en su país natal. Pero lo interesante aquí es que en ese sentido los últimos contaban con el doble de capital que los primeros (tenían más que ofrecer que lo que tenían que buscar) y eso los habilitaba para dedicarse rápidamente a conseguir otros capitales necesarios (socios para la empresa, por ejemplo, o dinero para hacer las primeras inversiones) y posicionarse en roles más jerarquizados por su capacitación dentro de este sistema productivo.

Distinto a estas lógicas parecen responder las experiencias con la producción de trigo. Allí la cadena de luchas por los distintos capitales se da en el marco de la política local y, por ende, los espacios en donde se encuentran pioneros y autoridades son simbólicos, en torno por ejemplo, a la visita del Juez

de Paz a los campos de trigo de Fugl luego de la cual se compromete a proteger la agricultura regional. Se trata de menciones y palabras, pero en ambos casos hay un trabajo previo del pionero que queda objetivado en la modificación de una norma. Estas experiencias dan cuenta de que en general los daneses establecieron una buena relación con las autoridades locales, lo que no es del todo extraño considerando que tenían un contacto limitado pero bastante diplomático entre ellos, así como un perfil de inmigrantes que en términos del proyecto nacional de la época como país productor de materias primas, resultaba conveniente.

Finalmente, la constitución de cooperativas representa un caso particular, ya que exceden la pretensión de ser un sustento económico para convertirse en una forma de organización socio-laboral en las que el capital cultural puede intervenir en distintas etapas: en su etapa de origen, como conocimiento incorporado de los daneses (de una manera de organizar el trabajo, sus ventajas, limitaciones y valores allí representados), pero también objetivado en normas y estatutos. Una vez instituida, la cooperativa puede funcionar como una organización que reúne determinado capital social, cultural y simbólico (sus actividades convocan a productores agropecuarios daneses), pero que tiene fines económicos. Finalmente, uno de los requisitos de las cooperativas es que destinen parte de sus ingresos al fomento de la cultura local. Lo que sucede es que en esta situación “la cultura” es un bien objetivado (en una biblioteca, una sala de cine, etcétera) pero no es el conocimiento como bien cultural lo que está en disputa sino que, en el mejor de los casos, se intenta imponer un concepto de qué es cultura y qué no lo es.

Aunque puede que el objetivo final de las prácticas hasta aquí relatadas y desarrolladas por los inmigrantes no haya sido la construcción de conocimiento por el conocimiento en sí, el percibir en todas ellas la disputa por el saber expone una gran conciencia sobre los procesos que llevan a su producción, al punto tal de que eligieron contarlas en sus autobiografías o rescatarlas como parte de la memoria colectiva, en el caso de los relatos obtenidos de las entrevistas. Con sus particularidades y diferencias, cada caso estudiado abre la investigación sobre la construcción del conocimiento técnico y específico hacia el estudio de materiales biográficos que en principio representan las subjetividades de sus autores, pero que igualmente testifican un contexto, un grupo social, y determinadas formas de hacer, trabajar y conocer.

Bibliografía

ALBERDI, Juan Bautista (2010) *Bases*, Colección Bicentenario. Buenos Aires: Eamp S.A.

BERTUCCI, Carlos (2014) Chacra Experimental Integrada Barrow. Consultado en el sitio del Ministerio de Asuntos Agrarios de la República Argentina www.maa.gba.gov.ar/2010/subsecretarias/chacras/barrow.php.

BJERG, María Mónica (1995) “Sabido el camino o navegando en las dudas. Las redes sociales y las relaciones impersonales en la inmigración danesa a la Argentina, 1848-1930”. En: BJERG, María y OTERO, Hernán (comp.) *Inmigración y redes sociales en la Argentina moderna*. Tandil: Instituto de Estudios Históricas Sociales de la Universidad Nacional del Centro y CEMLA.

BJERG, María Mónica (2001) *Entre Sofie y Tovelille. Una historia de los inmigrantes daneses en la Argentina (1848-1939)*. Buenos Aires: Biblios.

BOURDIEU, Pierre (1988) “Cosas dichas”. Buenos Aires: Gedisa.

BOURDIEU, Pierre (1991) “El sentido práctico”. Madrid: Taurus.

BÆKHØJ, Lars (1923) “De Danske Nybygder I Argentina”. En: *Danmarksposten*, Año 4, 194-202.

BÆKHØJ, Lars (1948) *Danske i Argentina*. Copenhagen: Det Danske Forlag. Traducción de Svend A. Buus (sin publicar).

BÆKHØJ, Lars (2011) *Adolf Hendrik Waldemar Petersen (1845-1921) Un inmigrante danés emprendedor*. 1ª Ed. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.

DEVOTO, Fernando J. (2007) “La inmigración de ultramar”. En: *Torrado Susana (comp.) Población y*

bienestar en la Argentina del primero al segundo Centenario. Tomo I. Buenos Aires: Edhasa. Consultado en:

http://valijainmigracion.educ.ar/contenido/materiales_para_formacion_docente/textos_de_consulta/9%20Devoto%20%20La%20inmigracion%20de%20ultramar.pdf

DJENDJERIAN, Julio (2014) “La innovación entre los siglos XIX y XX: Nuevas miradas sobre el rol del Estado y de los productores”. En: Historia Americana y Argentina, vol. 49, N° 2.

DREJER, A. Axelsen (1941) “El cooperativismo en Dinamarca. Lo que es y lo que significa”. En: revista Dinamarca. Publicación de la “Liga Pro Ayuda a Dinamarca”, Buenos Aires, Febrero, N° 8, 12-15.

FUGL, Juan (1959) Abriendo surcos. Memorias de Juan Fugl 1811-1900. Buenos Aires: Edición Altamira. Selección y traducción de Lars Bækthøj.

FUGL, Juan (1989 [1884]). Memorias de Juan Fugl. Vida de un pionero danés durante 30 años en Tandil – Argentina. Traducción de los manuscritos en danés existentes en la Biblioteca Real de Copenhague por Alice Larsen de Rabal.

GERMANI, Gino (1955) Estructura social de la Argentina. Análisis estadístico. Buenos Aires: Editorial Raigal. Edición facsimilar de Ediciones Solar, Buenos Aires, 1987.

GORI, Gastón (1964) Inmigración y colonización en la Argentina. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.

GUTIÉRREZ, Alicia B. (1994) Pierre Bourdieu: las prácticas sociales. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

IBARBIA, Diego Joaquín (1940) “Los daneses en las Colonias del Instituto de Colonización de la Provincia de Buenos Aires”. En: revista Dinamarca. Publicación de la “Liga Pro Ayuda a Dinamarca”, Buenos Aires, Octubre, N° 4, 4.

KIERKEGAARD, Preben (1966) “Bibliotecas”. En: Dinamarca. Manual oficial dispuesto por la Sección de Prensa e Información del Real Ministerio de Relaciones Exteriores de Dinamarca, Palacio de Christiansborg. Copenhague: Krak.

LAURING, Magnus H. (1985) På Hesteryg i Argentina. Dinamarca: Lindhardt Forlaget. Traducción de Svend A. Buus (Sin publicar).

MARTIRÉN Juan; RAYES Agustina (2016) “La industria argentina de harina de trigo en el cambio de siglo. Límites y alcances, 1880-1914”. En: H-Industri@. Buenos Aires, Vol. 10.

MONRAD-HANSEN, K. (1940) “La inmigración danesa en la República Argentina”. En: Eevista Dinamarca. Publicación de la “Liga Pro Ayuda a Dinamarca”, Buenos Aires, Julio, N° 1.

OLIVERA, Gabriela (2013) “Cultura cooperativa y gestión empresarial en la cuenca lechera cordobesa-santafesina. Argentina, fines del siglo XIX a 1970”. En: América Latina en la historia económica, México, vol.20 N°1.

PRIETO, Adolfo (1982) La literatura autobiográfica argentina. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

SCHRØDER, Ludvig (S/D) “Vore Noeringsveje og deres Udvikling”. En: Danmarks Folk. Copenhague: Det Nordiske Forlag, Bogforlaget: Ernst Bojesen.

Documentos oficiales y publicaciones

1908-1983. Nicanor Olivera. Est: La Dulce (S/D). [Monografía], disponible en la Biblioteca de La Dulce, Buenos Aires, Argentina.

Constitución Nacional Argentina 1853 y reformas. Consultado en: www.biblioteca.jus.gov.ar

Segundo Censo de la República Argentina. Mayo 10 de 1895. Buenos Aires: Taller Tipográfico de la Penitenciaría Nacional, 1898.

Tandils Tidende, periódico de la colectividad danesa en Tandil, Consultado en la Biblioteca Pública de la Universidad Nacional de La Plata.